

A casi un siglo de Sta. María de Iquique

Arturo Alejandro Muñoz, escritor - Desde Coltauco (13/12/04)

Cuando este 21 de diciembre se cumplió un nuevo aniversario de la masacre obrera en la escuela Santa María de Iquique, guardé un humilde, solitario y emocionado minuto de silencio por el asesinato de tres mil obreros del salitre y por la agonía del movimiento sindical chileno.

Mientras proliferan los “accidentes” del trabajo, fruto de la precariedad en que labora el perraje, el sindicalismo chileno afronta una anunciada agonía

EL 21 DE diciembre de 2007 habrá de cumplirse un siglo de la matanza obrera en la Escuela Santa María de Iquique. ¿Alguien en el gobierno de la Concertación detendrá su actividad durante algunos minutos para recordar este 21 un aniversario más de tan infausto suceso? ¿Lo hará la Central Unitaria de Trabajadores? ¿El alcalde iquiqueño Soria se molestará en acercarse al lugar histórico para depositar al menos una ofrenda floral en el sitio de la masacre?

Lo más probable es que se siga la tradición nefasta chilena en estos asuntos y el aniversario pase, como siempre, inadvertido incluso para quienes dicen ser los continuadores de la lucha sindical prohijada en los albores del siglo XX por anónimos trabajadores nortinos.

“El sindicalismo es una organización de primera, servida por gente de tercera”, me confidenció Clotario Blest en 1983, durante una reunión ‘clandestina’ en el segundo piso de un inmueble ubicado en calle Teatinos N° 727, en Santiago, con ocasión de los preparativos para la tercera Protesta Social que realizaría el Comando Nacional de Trabajadores contra la dictadura de Pinochet. La crítica expresada por el histórico dirigente sindical me llegaba en lo más íntimo, pues en ese entonces yo era presidente del sindicato nacional de INACAP y miembro de la mesa ejecutiva del Comando.

Por supuesto que duele observar cómo las acciones realizadas en beneficio del engrandecimiento de una organización que se desea respetable y respetada, se vienen al suelo, derrumbadas por las inconsecuencias e incapacidades de sus propios dirigentes, más que por las acciones de sus contradictores.

Los trabajadores chilenos –y no sus representantes políticos- libraron fiera batalla por lograr organizarse en pos de mejoras sustantivas en materias económicas y sociales. Luego de múltiples intentos, supieron crear Mutuales y Sociedades de Resistencia que encarajinaron a los poderosos señorones de entonces, conquistando finalmente el objetivo más anhelado: dar nacimiento a la FOCH, la Federación Obrera de Chile para, luego, con la dirección de Luis Emilio Recabarren, parir la CTCH (Confederación de Trabajadores de Chile), y desde sus cimientos dar vida a nuevos movimientos políticos cuyo objetivo central era permitir la participación de los trabajadores organizados en el Congreso Nacional para provocar cambios positivos en las legislaciones laborales.

“La traición es cuestión de tiempo”, aseguró el irascible general Patton, desde el asiento de un tanque norteamericano cuando abandonó la reunión sostenida con generales soviéticos en el Berlín ocupado por las fuerzas aliadas el año 1945.

Los mismos partidos políticos creados por Recabarren y la CTCH –léase ‘socialista’ y ‘comunista’- abandonaron al dirigente, traicionando los principios esenciales que originaron sus nacimientos y convirtieron al sindicalismo chileno en una correa de transmisión a cargo de las mesas centrales de ambas colectividades. Recabarren se suicidó y la CTCH perdió fuerza, dividiéndose en muchas fracciones, cual de todas más endeble.

Al finalizar el período gubernamental de Gabriel González Videla, cuando el Partido Comunista estaba declarado fuera de la ley y Neruda escapó hacia Argentina, Clotario Blest dio nuevos bríos a la causa del sindicalismo mediante la creación de la CUT, Central Única de Trabajadores, reunificando los trozos dispersos de la antigua CTCH.

Esa primera CUT tuvo momentos brillantes para los trabajadores, ya que logró poner en tabla en La Moneda y en el Congreso la discusión de importantes leyes que mejoraban el catastrófico estado laboral de millones de obreros y empleados, obteniendo de paso un incremento importante en la participación y adhesión oficial de la mayoría de los sindicatos, federaciones y confederaciones existentes en el país.

Al acceder el doctor Salvador Allende a La Moneda el año 1970, la CUT poseía un lugar destacado en el escenario nacional y el futuro de los hombres y mujeres de trabajo prometía ser halagüeño.

Sin embargo, tal como ya había sucedido antes, las tiendas políticas de izquierda – que decían ser representantes auténticas de los obreros- privilegiaron sus intereses partidistas en desmedro de la clase trabajadora, que era la principal vertiente de sus propios cuadros. Lo grave y lamentable fue constatar que los dirigentes de la CUT se entregaron dócilmente a las órdenes de sus patrones políticos, como fue el caso de su presidente, el comunista Luis Figueroa, que incluso aceptó ocupar un cargo en uno de los tantos gabinetes de emergencia estructurados por Allende en medio de la crisis que subía como leche hirviendo.

Hablando francamente, la CUT murió en ese instante, mucho antes de la llegada al poder de los militares golpistas. Cuando Pinochet, Leigh y compañía tomaron posesión del Edificio Diego Portales, la CUT había sufrido ya la estampida de miles y miles de asociados. La Central Única, al igual que había sucedido con la CTCH, era presa de los errores de sus dirigentes que habían optado por transformarla en un sirviente de dictámenes políticos partidistas, al grado que su propio presidente formó parte de una cartera ministerial, traicionando la independencia de su organización.

“Los derechos y conquistas de los trabajadores chilenos serán respetados”, afirmó escuetamente el general Pinochet en uno de sus primeros discursos oficiales. Una nueva mentira y una total traición a los ojos de todos. El “Plan Laboral” impulsado por José Piñera atomizó el movimiento sindical chileno e incentivó al empresariado a pavimentar caminos para minimizar la participación de los trabajadores en organizaciones sindicales.

Sólo durante la existencia del Comando Nacional de Trabajadores, en los años 1983-84-85, los sindicatos contaron con un alza en sus listados, hasta que los políticos, como siempre, aparecieron desde los closets donde habían escondido sus humanidades para exigir a los dirigentes del Comando la entrega de las banderas de lucha, pues el poder de la calle debería estar en sus manos y no en brazos de los trabajadores.

Manuel Bustos inició entonces la reconstrucción de la CUT, que ahora sería una central UNITARIA y no ÚNICA como en el tiempo de Clotario Blest. Pero eran los años de la dictadura, y la nueva CUT en una reunión efectuada en los salones del antiguo inmueble del Club Deportivo Audax Italiano, en la calle Lira, determinó aliarse oficialmente con la naciente Concertación de Partidos por la Democracia, alquilando otra vez su tan mentada y manida independencia.

Hoy día los trabajadores están sometidos a la voluntad de gobiernos y empresarios. No poseen fuerza suficiente para defender lo que debería ser intransable. La CUT carece de peso específico y sus recomendaciones suenan más a pataletas que a otra cosa, amén que pocos las escuchan y casi nadie las considera. La traición está a la vuelta de la esquina y algunos parlamentarios ni siquiera saben que existe una organización de hombres y mujeres de trabajo que representa a la fuerza laboral del país y es heredera de otrora insignes movimientos obreros.

En Ginebra, Suiza, los máximos directivos de la OIT (Organización Internacional del Trabajo, dependiente de la ONU), muestran extrañeza al mirar la historia del sindicalismo chileno, ya que en este largo y angosto país ha muerto el tripartismo Gobierno-Empresarios-Trabajadores, que es la piedra angular sobre la cual descansan las recomendaciones e investigaciones técnicas de la OIT.

Chile es hoy, en estas materias, un símil de la ciudad de Las Vegas, Nevada, Estados Unidos, sitio de recreación de la mafia norteamericana, lugar donde confluyen los dineros bien o mal habidos de miles de empresarios para jugarlos al azar de una ruleta o a la veleidad de una corista. Pero al interior de la mafia no hay sindicatos, ya que es ella quien controla la mayor parte de las organizaciones laborales estadounidenses. Suena demasiado conocido como para soslayarlo.

Más que antes, la opinión de Clotario Blest cobra cuerpo y vigencia. ¿Pero, a quién le importa?

Cuando este 21 de diciembre se cumpla un nuevo aniversario de la masacre obrera en la escuela Santa María de Iquique, guardaré un humilde, solitario y emocionado minuto de silencio por el asesinato de tres mil obreros del salitre y por la agonía del movimiento sindical chileno.

COMENTARIOS DE LECTORES

* A emprender la discusión, ése es mi llamado puesto que todavía es muy prematuro decir o plantear cambios a las estructuras sindicales. Tuve la oportunidad de participar del congreso "refundacional" de la CUT y era impresionante ver los encendidos discursos en contra de todo; desempleo, miseria, contra el gobierno contra la pseudodemocracia etc. Sin embargo, los dirigentes no

fueron capaces de aprobar el voto universal: ¡qué gracioso!, no se puede cuestionar al sistema cuando eres parte de él. Algo similar ocurrió con el debate presidencial organizado por la CUT: en vez de ser abierto a todos los trabajadores, los dirigentes se eligieron con pinzas, puesto que podían espantar a los candidatos. Creo que don Clotario debe estar revolcándose en su tumba al ver el espectáculo. German Rabanal

*** Decadencia de la organización sindical**

Sergio Pardo Zúñiga

Es alentador ver que existen personas cultas que recuerdan y rescatan lo que fue algún día la CUT. Yo soy dirigente de una asociación de funcionarios públicos afiliados a esa central y encuentro lamentable la forma en que los dirigentes de esta organización de trabajadores lleva los destinos de los trabajadores. Hoy los dirigentes no tienen independencia para decidir, sólo piensan en cómo mantener los gobiernos de la Concertación y los privilegios que eso significa para algunos.

En mi caso pienso que los problemas de los trabajadores se resuelven con claridad en los postulados y firmeza para defenderlos. El compromiso de los dirigentes debe llegar hasta la calle y más allá, pero lamentablemente son tus propios compañeros quienes te aíslan y te desautorizan ante las autoridades con el fin de granjearse amistades como capital para el mañana.

Es lamentable darse cuenta que el articulista tiene razón, pero no podemos bajar los brazos ya que eso es peor, la esperanza de revertir un deprimente proceso no puede perderse ya que de lo contrario muchos más en el futuro lo lamentarán.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).